

El odio es la pasión excelsa

Ensayo por María Victoria Uribe

Ejemplos reales de una pasión que se vuelve colectiva y termina en venganza. Una mirada particular de ese fenómeno entre quienes participan del conflicto armado

Muchos autores coinciden en señalar el odio como la pasión por excelencia. Uno de ellos es Aristóteles, que puso al miedo y la ira en el centro de su análisis sobre las pasiones. En cambio, para el psicoanalista Jacques Lacan, las tres pasiones centrales son el odio, el amor y la ignorancia.

Por otra parte, Fisher nos dice que las pasiones vehementes tienen la particularidad de que permiten apreciar la unidad del ser debido a que cuando se experimenta un intenso dolor o una intensa ira, desaparece la aparente separación que siempre establecemos los occidentales entre el cuerpo y el espíritu y entre el afuera y el adentro.

Lo que invade a quien se ve arrebatado por una de estas pasiones es el latido de su propio corazón, la parálisis de su voluntad y, ante todo, la alteración del sentido del tiempo. Todo lo que sentimos en esos momentos les es indiferente a los demás, pues hemos ingresado a un mundo donde no hay alteridad, donde los otros han desaparecido.

Durante el tiempo que dura esta situación, el ser apasionado se encuentra en medio de una soledad presocial, algo similar, nos



dice Fisher, al momento de la muerte. Por tanto, el moribundo, el furioso y el enamorado pueden estar frente a nosotros pero permanecen absolutamente solos. El odio concentra la vida alrededor de un objeto presente y siempre presente, de tal manera que el mundo de afuera desaparece. Este varía de un individuo a otro y de un grupo a otro. La pasión del odio puede tener como correlato la venganza, en la medida en que puede ser la expresión del trabajo del odio, su narrativa. En tanto, la vergüenza y la culpa restauran la realidad de los que están alrededor del sujeto y que se suspendió mientras estuvo bajo el dominio de la pasión.

Ahora voy a referirme a varios ejemplos de crímenes de odio y venganza que pueden cometer individuos que están sujetos a mecanismos de conformación grupal, que deben diferenciarse de aquellos crímenes de pasión que responden a acciones inmediatas inducidas bajo los efectos de la ira o los celos.

El primer ejemplo corresponde a un caso que seguí en el occidente de Boyacá en los años ochenta, tras firmarse la paz entre bandas de esmeralderos. Se trata de Ramiro, de 24 años, y quien ofrecía lealtad a uno de los capos que firmó el pacto de paz.

Durante varios días constaté cómo este hombre fue trabajando su odio y su necesidad de venganza, debatiéndose entre la obediencia debida a su patrón que había firmado un acuerdo con sus enemigos, y la obligación cultural de vengar al padre muerto. Ramiro era el hijo mayor de una familia de varios hermanos, quienes a partir del asesinato de su papá conformaron una banda que estaba siempre a la defensiva.

Esta sociedad campesina alimenta desde temprana edad un ámbito propicio para que la agresividad masculina se mantenga latente e impregne las relaciones interpersonales. Los códigos de honor familiares inciden en la relación entre hombres y mujeres, obligando a los varones a defender de agresiones externas a los miembros de la familia y dotándolos de una serie de derechos sobre las mujeres y niños.

Llama la atención en ese contexto una presencia de lo que Hobbes describe como aquel miedo que sentimos hacia los otros y que los demás sienten hacia nosotros, lo que lleva a unos y a otros a estar a la defensiva. Cuando Ramiro y sus hermanos se sentaban a tomar trago, las conversaciones giraban sobre el tema de la posible venganza, calculando cuál sería la oportunidad para matar al asesino de su padre. Bajo los efectos del alcohol, el discurso de Ramiro era de venganza, eran monólogos repetitivos que se iban concentrando a medida que la borrachera crecía. Sus hermanos eran como un coro que se encargaba de recordarle su deber de matar como hermano mayor.

Hay un mundo mejor, pero es carísimo

Sin embargo, cuando Ramiro estaba sobrio, su discurso era de paz, de perdón y de olvido. Sentía que debía renunciar a su sed de venganza. En medio de esos vaivenes morales, un día pudo más el mandato de venganza y asesinó al verdugo de su padre. Después huyó de la zona para evitar que los parientes del muerto lo buscaran para ajustar cuentas.

¿Pero qué sucede cuando el odio se vuelve colectivo?, ¿cuáles son los mecanismos que permiten a varios individuos que se sienten lesionados en su honría y en su honor juntar sus odios y construir una empresa común para vengarse? Los bandoleros de la época de La Violencia pueden ser los más indicados para explorar los mecanismos por los que el odio se convierte en una empresa común. En ellos se cumple a cabalidad la descripción de Fisher de esos individuos que viven a la defensiva y obsesionados por su necesidad de venganza.

Como sucede con todas las sociedades en las que el honor juega un papel central, entre los campesinos del centro del país la familia de sangre hace parte de la identidad. Por eso durante los años de La Violencia, matar al enemigo suponía necesariamente matar a la mujer y a los hijos, ya que dejar algún miembro de la familia vivo era exponerse a que este se encargara con el tiempo de vengar a los suyos.

Bandoleros liberales como Chispas, Desquite y Sangrenegra, o conservadores como Efraín González, se valieron de un mecanismo inconsciente que les permitió proyectar sus sentimientos destructivos en el otro, que se convertía en depositario de sentimientos de odio, agresión y rabia, transformándolo en un perseguidor.

Dichos bandoleros construían la alteridad proyectando en el otro lo que tenían de negativo, lo que facilitaba el manejo de la culpa. Ambos bandos no lograban su identidad consigo mismos sino a partir de la destrucción del otro.

Aquí resulta útil la acepción radical del concepto de antagonismo social utilizada por el filósofo Slavoj Žižek: no es el otro quien impide la realización plena de la propia identidad. Cada identidad ya está marcada por una imposibilidad y el enemigo externo no es más que el objeto sobre el cual se proyecta esa incapacidad interior. Ese mecanismo es utilizado por los matones a sueldo con el fin de separar su identidad católica de la identidad delincinencial. Se trata de un procedimiento que les permite conducirse sin contradicciones ni dilemas.

Un tercer ejemplo de odios difusos es el de la guerrilla del EPL. Las motivaciones que mencionan los exmilitantes para explicar su vinculación a la insurgencia son múltiples. Algunas de ellas tienen que ver con las condiciones de exclusión política que se vivía en el país, la necesidad de transformarlas y la opción de cambio que ofrecía

la guerrilla. Sin embargo, algunos militantes hablan concretamente del odio y la venganza, asuntos que con el adoctrinamiento político se convertían en odio de clase.

Cuando un individuo entra a formar parte de un colectivo buscando satisfacer sus propias necesidades, debe conformar su comportamiento al del grupo. En la guerrilla encuentra fraternidad, camaradería, protección y ayuda, pues el grupo se constituye en ámbito de reconocimiento y autoafirmación.

Cuando el odio y la venganza se han colectivizado sus móviles no son siempre directos ni evidentes. Por eso el último ejemplo de odios diferidos y camuflados es el de los paramilitares. Estos sujetos se han valido de los “sapos” para perpetrar sus masacres, lo cual pone en evidencia que el odio puede valerse de terceras figuras con el objeto de preparar escenarios para el asesinato.

El odio que los guía suele ser muy difuso y puede recaer en personas que aparentemente nada tienen que ver con la guerra. Se valen de listas en las que aparecen los nombres de quienes van a ser asesinados, listas que tienen un efecto de contagio tan fuerte que anticipan la muerte simbólica de quienes allí figuran.

A una presencia de apariencia tan engañosa como puede ser la del hombre armado con camuflaje se le suma la ambivalencia que supone su doble propuesta entre la palabra y/o la sangre. Como decía un campesino: “uno no tiene la seguridad de si vienen a conversar con uno o si vienen es a matarlo”.

Los delincuentes políticos que actúan colectivamente están sujetos a mecanismos de conformación grupal. Las motivaciones individuales de los miembros se fusionan con las prácticas delincuenciales. De tal fusión se derivan unos significados comunes que cohesionan a los integrantes, quienes subordinan su interés individual al interés colectivo.

Es por ello que mientras operen los mecanismos de conformación grupal, los individuos no se sienten culpables de los crímenes que cometen. Pero cuando los mecanismos se disuelven, los sujetos quedan librados a sus culpas y a su arrepentimiento, sin que haya ninguna instancia que les permita mantenerlos a raya.

Por eso hay un último rasgo por mencionar y que tiene que ver con la facilidad con que transitan ciertos delincuentes entre el odio y la necesidad de venganza. Es común que algunos de estos delincuentes salgan de los espacios de la cultura para cometer los asesinatos y regresen a ellos sin mayores traumatismos.

Dicho tránsito se asemeja al que atravesaban los bandoleros de la época de La Violencia cuando ejecutaban una masacre. Antes de cometer los delitos se quitaban la ropa de trabajadores campesinos y se vestían con la indumentaria militar, cambiaba su

nombre por un alias y se protegían con amuletos y tatuajes. Una vez cometida la matanza, vestían sus prendas cotidianas, retornaban a sus hogares y asumían sus roles familiares y comunitarios. Por eso es tan común oírle decir a los deudos: “pero si era tan buen hijo, tan buen padre”.

MARÍA VICTORIA URIBE. Antropóloga y doctora en historia. Investigadora del Instituto Pensar de la Universidad Javeriana es miembro de la Comisión para la Reconciliación en 2007

Noviembre de 2005